



Vosotros seréis mi vida



SERIE CORAZONES HERIDOS III

TOWANDA RICHARDSON

Vosotros seréis mi vida

Serie Corazones heridos 03

Towanda Richardson

© Towanda Richardson.

Portada: Towanda Richardson.

Reservados todos los derechos.

Esta es una historia de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Cinco años después](#)

[1 El comienzo de una historia](#)

[2 El regreso](#)

[3 Reencuentros](#)

[4 Convivencia](#)

[5 Escaleras y alas](#)

[6 ¿Incómodos?](#)

[7 Calor](#)

[8 Enamorados](#)

[9 Triángulo](#)

[10 El día en que todo cambió](#)

[11 El horror](#)

[12 Jodido](#)

[13 Más real](#)

[14 Hospital](#)

[15 Ser medio hombre](#)

[16 Des-hogar](#)

[17 Sucio](#)

[18 A ella no](#)

[19 Al fin, una decisión](#)

[20 Londres](#)

[21 Cuando pase un año](#)

[22 El regreso](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Alex y Emma llevan juntos toda una vida. Enamorados casi desde niños, cumplen en San Francisco todos sus sueños. Hasta que, pocas horas después de graduarse en la universidad, y con todo listo para empezar su nueva vida, Alex le rompe el corazón a Emma. Ella solo encuentra consuelo en los brazos de Sam, un buen amigo de ambos, al que acude porque el dolor es tan fuerte que no puede soportarlo sola.

Cinco años después, cuando Emma y Sam viven una existencia de lo más plácida y tranquila, Alex llama un día a su puerta. Y lo pone todo patas arriba. La tranquilidad, los recuerdos y todo lo que los tres creían saber sobre las relaciones de pareja. Porque... ¿puede una pareja estar formada por más de dos personas? ¿Pueden amarse tres personas sin celos, prejuicios ni miedos?

Cuando la vida les ponga en el camino el más duro de los obstáculos, el amor se pondrá a prueba. ¿Sobrevivirán Emma, Sam y Alex a la devastación más absoluta?

Prólogo

La historia de Alex y Emma es de esas que se pueden escribir como una biografía conjunta. La historia de dos vidas que, en realidad, solo fueron una. Porque Alex y Emma se conocieron antes de tener uso de razón suficiente como para valorar que la afortunada casualidad de que sus familias compartieran vecindario marcaría para siempre su existencia. La de los dos.

Cuando empezaron la guardería, sus padres —los de ambos— ya bromeaban con que eran novios. En el colegio de Primaria, ellos mismos estaban orgullosos de autodenominarse así. En el instituto, las cosas se pusieron más serias. Aunque los dos eran buenos estudiantes, se saltaron en aquellos años más clases de las que podían recordar, y no era difícil encontrarlos bajo las gradas del campo de fútbol del instituto, con las manos metidas en los pantalones del otro y los labios enredados en besos sin final. Cuando llegó el momento de elegir universidad, ambos tenían muy claras sus vocaciones (Alex tenía un talento innato y no dudaba que estudiaría Bellas Artes; Emma se había decidido por la decoración de interiores). Pero, sobre todo, tenían claro que no se separarían. No podrían sobrevivir si lo hacían.

San Francisco fue la ciudad elegida para ver cumplidos todos sus sueños de futuro. Se matricularon en Berkeley, en cuyo campus, además, compartían facultad. Después de un arduo trabajo de convicción con sus respectivas familias durante el verano anterior a la universidad, habían conseguido que no los enviaran a una residencia universitaria, sino que les alquilaron un pisito, muy pequeño pero acogedor, en el mismo recinto del campus. Allí fue donde Emma realizó sus primeras prácticas como decoradora, llenando cada rincón con su sello personal, con miles de detalles, de fotos, de objetos que contenían recuerdos... Nunca en toda su vida

sería más feliz con su trabajo que decorando aquel primer nidito de amor que compartió con Alex.

Las mañanas las pasaban en la facultad, empapándose de los conocimientos que necesitarían para desarrollar unas carreras profesionales que estaban deseando que empezaran. Dedicaban las tardes a recorrer la ciudad; conocieron cada rincón de la bahía, los pueblos que rodeaban un San Francisco que, como chicos llegados desde una ciudad de tamaño pequeño del Medio Oeste, les había parecido una jungla de asfalto la primera vez que la habían visto. Y las noches... esas eran solo para ellos. Para disfrutar entre las sábanas, abrazarse en la cama hasta caer dormidos, hacer el amor como la máquina perfecta que habían sido en ese sentido desde que, a los quince años, habían decidido regalarse sus respectivas virginidades. No. «Máquina perfecta» sonaba demasiado frío. Y eso era algo que ellos jamás habían sido entre las sábanas. Eran pura pasión y estaban orgullosos de serlo.

Se hicieron mayores juntos. Maduraron como si cada uno de ellos fuera una parte del cuerpo del otro. De su alma. Hicieron un grupo de amigos numeroso, aunque no demasiado íntimo, porque, entre ellos, había poco espacio para más gente. Pronto dejaron incluso de viajar a sus hogares excepto para lo estrictamente necesario. Crearon su burbuja y eran tan felices en ella que querían al mismo tiempo que pasara el tiempo y que se quedara congelado en el punto exacto en el que se encontraban.

Apenas habían cumplido los veinte y ya hablaban de matrimonio. No de boda, en realidad, porque los dos eran muy modernos, muy liberales, y no creían demasiado en las relaciones tradicionales, a pesar de lo que pudiera parecer desde fuera. Pero sabían que ellos serían un matrimonio, pasaran o no por el altar. De hecho... probablemente ya lo eran. A Emma le provocaba horror la idea de tener hijos, pero no negaba que, quizá, con el paso de los años, le apeteciera. Alex tampoco es que quisiera ser un padre jo-

ven, pero muchas veces se descubría soñando con una mini Emma o un mini Alex correteando por las calles de San Francisco, después de que Emma saliera de trabajar en su propia empresa de decoración de interiores y él acabara de ilustrar un libro, un videojuego o incluso preparara su propia exposición.

Qué bonitos eran los sueños. Qué precioso era vivir uno desde dentro.

Alex y Emma brillaban. Todos sus compañeros de facultad lo sabían. Eran populares, simpáticos, sociables. Y también eran muy guapos. Más de lo conveniente para la salud mental de cualquiera que los observara. Él medía aproximadamente un metro noventa y era muy delgado. A pesar de que siempre había hecho deporte, su constitución era flaca por naturaleza y, para desconuelo de muchos de sus amigos, podía comerse todos los Big Macs que le diera la gana sin engordar ni un gramo. De niño era tan rubio que parecía albino, pero, con el paso de los años, su color de pelo se aproximaba más al dorado. Él lo llevaba largo, en una melena lacia que muchas veces le caía por delante de los ojos y le daba un aire descuidado que era su auténtica seña de identidad. Casi parecía uno de esos cantantes de *boy band* que se lleva a las adolescentes de calle.

Emma, por su parte, tenía el aspecto de una modelo de Victoria's Secret. Incluso en los primeros años en San Francisco se ganó algún dinero extra posando para pequeñas marcas de ropa que le pagaban poco, pero suficiente para poder permitirse algunos caprichos. Era alta, tenía un cuerpo de escándalo, con las curvas justas en los lugares adecuados y unos ojos verdes que hipnotizaban a quien los mirara, por más que ella rara vez los posara sobre alguien que no fuera Alex. Pero aquello por lo que todos la reconocían era su melena. Larga, rizada, de color rubio oscuro, con matices más claros por momentos, y un aspecto asilvestrado que ella achacaba solo a la comodidad de no tener que peinarse nunca, y que era la envidia de todas sus amigas y

el objeto de deseo de cualquier hombre con el que se cruzara.

Llegaron al último curso de la carrera sin que se les pasara por la cabeza que, jamás, un nubarrón pudiera teñir de gris su felicidad. Al menos... en el caso de Emma. Acababan de cumplir veintitrés años y llevaban juntos, de manera oficial, once años y medio, la mitad exacta de sus vidas. ¿Cómo podría alguien plantearse que una historia tan preciosa se rompiera? Era impensable.

Los últimos meses antes de licenciarse se les perdieron entre planes de futuro. Los dos tenían muy claro que querían trabajar en las profesiones que habían estudiado, pero aún no habían decidido si se quedarían en San Francisco, aunque adoraban la ciudad, o si se trasladarían a algún otro lugar del país. Ninguno de los dos quería que sus profesiones se supeditaran a su relación... ni tampoco lo contrario. Así que se limitaban a cruzar los dedos muy fuerte para encontrar un trabajo que satisficiera sus aspiraciones profesionales y que estuviera en la misma ciudad. No era tanto pedir, ¿no?

La noche de la graduación en la universidad fue extraña. Debería haber sido una de las noches más felices de sus vidas. Emma estaba radiante, con un vestido rojo de pronunciado escote en pico, en el frente y en la espalda. Alex la acompañaba vestido de *smoking*, con una pajarita roja a juego con el vestido de ella. Salieron de casa nerviosos, felices, al menos en apariencia..., pero la ceremonia, las conversaciones posteriores, los brindis y las felicitaciones fueron dejando una capa espesa de algo difícil de reconocer sobre ellos.

Cuando sus respectivos padres se fueron al aeropuerto a última hora de la tarde para marcharse de vuelta a Ohio, ellos se unieron al enorme grupo de amigos que había decidido celebrar en privado el fin de sus estudios con una gran cena y una barra libre posterior. A esas alturas, Emma ya se había dado cuenta de que a Alex le pasaba algo, pe-

ro no se había atrevido a preguntar. La relación con sus padres nunca había sido una maravilla; eran demasiado tradicionales y nunca se habían entendido bien. Y Emma prefirió achacar aquel mal humor aparente a la presencia de sus progenitores en la ciudad que asumir que hacía ya unas cuantas semanas que Alex se mostraba poco participativo cuando ella se volvía loca buscando un apartamento más grande en el que vivir —porque el contrato del que tenían se acababa más o menos al mismo tiempo que el curso universitario—, un trabajo para ella, otro para él... Planes de futuro en los que él parecía cada vez menos proclive a participar.

Cuando Emma despertó a la mañana siguiente, notó el punzante dolor de la resaca clavándose en sus sienes. No es que hubiera bebido demasiado la noche anterior —desde luego, había bebido menos que todos sus amigos—, pero estaba tan poco acostumbrada al alcohol que siempre le dejaba secuelas dolorosas en la cabeza. Pero no sería aquella resaca, por desgracia, lo que siempre recordaría de su primer día como graduada en Decoración de Interiores, sino la cara de Alex, recién duchado y perfectamente vestido, sentado en una pequeña butaca de color azul que Emma había logrado encajar en el exiguo espacio entre la mesilla de noche y la ventana del dormitorio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó. La cara de él era tan ambigua, en el peor sentido del término, que se asustó sin necesidad de que empezara a hablar. Algo iba mal. Terriblemente mal.

—Emma, yo...

—¿Alex? —Los ojos de Emma se abrieron como platos en el momento en que reparó en que, a los pies de Alex, junto a la butaca, estaba la gran bolsa de viaje con la que se había trasladado a San Francisco cinco años atrás. Y estaba llena. Estaba llena, joder.

Lo que ocurrió en las horas siguientes fue algo que Emma sabía que recordaría durante toda su vida como una pe-

sadilla. Alex no tardó ni dos titubeos en decirle que necesitaba marcharse un tiempo. Que la quería, por supuesto que la quería. La querría para siempre. Pero necesitaba encontrarse a sí mismo. Lo necesitaba tanto que se ahogaba solo de pensar en quedarse para siempre en la vida que llevaban meses planeando tener juntos.

Emma gritó. Gritó mucho. Y lloró. También mucho. Se desgañitó intentando encontrar la razón por la que su mejor amigo desde que era una niña, el amor de su vida, podría encontrar la felicidad solo apartándola de su lado. ¿En serio era ella la causante de su infelicidad? ¿Podría soportar vivir con eso?

Alex tardó mucho en contarle la verdad. Fueron horas de conversación en bucle, en las que acabaron cansados de llorar, de despedirse, de amarse, de odiarse. Ya casi estaba cayendo la noche sobre la ciudad cuando al fin Alex confesó su verdad.

Era gay. Siempre lo había sido, aunque no siempre lo había sabido. Había querido tantísimo a Emma, y desde tan joven, que las primeras sospechas adolescentes sobre su posible tendencia sexual habían quedado extinguidas entre besos y noches de sexo que —y de esto no tenía ninguna duda— siempre había disfrutado. El paso de los años fue haciendo más profundas sus sospechas, pero... también era cada vez más intenso el amor que sentía por Emma. Sabía que nunca se excitaba con mujeres, con otras mujeres que no fueran ella, y, sin embargo, alguna vez, en el gimnasio, se le había quedado la mirada fija en el cuerpo de algún hombre. En los últimos tiempos, en aquel último año de universidad que para Emma había estado teñido de ilusión y para Alex de dudas, incluso alguna vez había tenido que recurrir a imágenes masculinas para conseguir excitarse como debía con Emma.

Y necesitaba largarse. Odiaba hacerle daño. Sabía que la añoraría tanto que sería como si se arrancara la piel a tiras. Y después le echara una mezcla de tequila, limón y sal.

Pero no podía vivir el resto de su vida sabiendo que era gay y vivir aquella farsa de estar junto a una mujer, casarse, tener hijos... Sabía que podría resistirlo, e incluso ser feliz haciéndolo, porque Emma para él era y sería siempre sinónimo de felicidad, por más que de aquella conversación ella estuviera extrayendo la conclusión contraria, pero... le daba auténtico pavor vivir una crisis tan grande como aquella diez, quince o treinta años después y destrozarse una familia. En aquel momento aún tenían veintitrés años. Emma tendría toda la vida por delante para olvidarlo, para rehacerse, para encontrar a alguien que la quisiera tanto como él —suponiendo que eso fuera posible— y que, además, estuviera plenamente disponible para amar a una mujer. Para disfrutar del sexo con ella. Para sentirla sin necesidad de pensar en alguien del sexo opuesto, lo que convertía en realmente sórdido algo que solo debería ser bonito.

—¿A dónde te vas? —logró preguntarle Emma con la voz calmada, aunque ronca, pues las lágrimas habían arrasado sus cuerdas vocales.

—A Ámsterdam.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Compré el billete hace dos semanas. —Alex bajó la cabeza—. Lo siento. No sabía cómo decírtelo. No me atrevía a... a hacerte tanto daño.

—¿El billete es solo de ida?

—Sí.

Pasaron muchas horas intentando asimilar tantos cambios. Emma comenzó sintiendo un rencor infinito por haber sido engañada. No soportaba pensar que, mientras ella hacía planes de futuro, Alex... también. Pero sin ella y al otro lado del mundo.

Era de madrugada cuando él se marchó. Y Emma se quedó tan desolada que sintió que habría que inventar una nueva palabra para definir su estado. Lo peor quizá fue darse cuenta de que no estaba tan sorprendida como debería. Quizá era el *shock*. O quizá era una absoluta locura. Por-

que... ¿a qué mujer en su sano juicio le confiesa su novio de toda la vida que es gay y no se queda sorprendida?

Alex siempre había tenido algo de pluma. Que no es que eso fuera una garantía de algo, ni su ausencia de lo contrario, pero... pluma sí había tenido. Una sensibilidad exquisita, que quizá era su mejor cualidad como ilustrador, de hecho, y algunos otros tópicos que la sociedad en general suele asociar a los hombres homosexuales podrían haber supuesto pistas que nadie siguió nunca porque, al fin y al cabo, cualquier persona que hubiera conocido a Alex a partir de los once años lo habría hecho con Emma de la mano. ¿Y quién va a pensar que un hombre es gay si lleva toda la vida enamorado de una mujer?

Emma pasó muchas horas convencida de que toda su vida hasta el momento había sido una mentira. Ya ni siquiera albergaba rencor hacia Alex. Lo quería tanto que se sentía empática con su propio infierno personal. No le cabía ninguna duda de que habría atravesado el peor de los avernos durante meses antes de atreverse a tomar la decisión de irse al otro lado del mundo para encontrarse en aquel hombre que siempre había sido y, a la vez, nunca. Solo esperaba que la vida le devolviera la felicidad perdida. A ella y a él. Aún era demasiado pronto para saber si, en la ruleta rusa de los sentimientos, con el tiempo acabaría odiándolo, si seguiría queriéndolo para siempre o si quedaría diluido en la bruma del olvido, aunque siempre lo recordara con cariño.

El momento de verlo marcharse había sido desgarrador. Se dijeron adiós con un beso lleno de amor y amistad, de incomprensión y dolor, de miedo y dudas. Las lágrimas mojaron aquel beso más que la saliva. Y cuando el apartamento se quedó al fin en silencio, Emma se hundió en un pozo tan profundo que estaba convencida de que jamás sería capaz de salir de él.

Lloró. Lloró tanto que su cara era ya una mueca grotesca. Y no solo lo hacía por el desamor, la añoranza y la ate-

rradora idea de no volver a ver a Alex nunca más —en aquel momento, aún no quería ni pensar que esa fuera una opción—. También estaba desesperada porque su vida acababa de convertirse en un folio en blanco que no tenía ninguna fuerza para llenar. No tenía trabajo. En pocos días se le acababa el alquiler del piso y tendría que marcharse. Tenía amigos, sí, pero ninguno demasiado íntimo. Su único amigo de verdad era un hombre que, a esas horas, estaría surcando el Atlántico sin mirar atrás. Su mejor opción en ese momento era recoger su título de licenciada, empacar todas sus cosas y coger un avión de vuelta a Ohio. Volver a vivir con sus padres y, tal vez, en el mejor de los casos, encontrar un empleo como dependienta en alguna tienda de muebles, cortinas... Eso sería lo más parecido a su carrera a lo que podría aspirar. Adiós a su sueño de montar su propia empresa de decoración de interiores.

La mañana la encontró desvelada. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba sin dormir. Aquella resaca del alcohol de la fiesta de graduación la recordaba tan lejana como la propia fiesta, a pesar de que su vestido rojo seguía abandonado sobre la alfombra del dormitorio. Ahora tenía resaca de tristeza y llanto.

No fue hasta el mediodía que Emma consiguió levantarse de la cama. Aunque fuera lo que menos le apeteciera del mundo, tuvo que reunir fuerzas de flaqueza para darse una ducha y empezar a plantearse qué hacer con el resto de su vida.

Cuando salió de la ducha, le ardía la piel. Y no solo por la temperatura del agua, que rozaba la ebullición, como siempre. Ni por una posible fiebre psicósomática que le hubiera venido con el disgusto, aunque esa era una posibilidad que no habría que descartar. Le ardía la piel de la pura necesidad de tatuarse algo que le recordara aquel momento, el más bajo de toda su existencia, y que se convirtiera en un punto de partida desde el cual coger impulso para afrontar el resto de su vida.

Así que Emma lo tuvo claro... Tenía que ir a ver a Sam.

Sam Thornton era el tatuador más conocido del campus de Berkeley. Tenía veintisiete años, solo cuatro más que Emma y Alex, pero, en algunos sentidos, parecía mucho mayor. Había vivido mucho —lo había vivido todo— y eso se notaba en cada uno de los aspectos de su vida.

Emma y Alex habían conocido a Sam un par de años antes, cuando estaban más o menos a mitad de su tercer curso en la universidad. Llevaban algún tiempo deseando tatuarse algo significativo y, al final, se habían decidido por las coordenadas del parque infantil más cercano a sus casas, allá en Ohio, el lugar exacto donde se habían visto por primera vez. Todo el mundo en la facultad parecía haber caído en la adicción a los tatuajes por aquella época y todos coincidían en que el estudio de Sam Thornton era el lugar donde había que hacerlo. Por supuesto, Sam estaba encantado con la idea. Su cuenta corriente no había dejado de crecer desde que sus diseños se habían puesto de moda y, por primera vez en su vida, no le daban escalofríos cuando pensaba en pagar el alquiler a final de mes.

A aquella primera visita a su estudio siguieron unas cuantas más —Alex y Emma, finalmente, se hicieron adictos a la tinta, aunque siempre se decantaron por diseños pequeños—. Y aquello derivó en una cierta amistad que, aunque no muy profunda, los tres apreciaban. Se había forjado entre cervezas, tatuajes y consejos de Sam para sacarle el máximo partido a la ciudad. Él sabía bastante sobre ello, de eso cabían pocas dudas.

Sam había nacido en Londres, hijo de un militar británico y una corista californiana, pero el matrimonio de sus padres había durado menos y nada, así que sus primeros recuerdos ya eran del lluvioso norte de California. De su padre no volvió a saber nada hasta que era un adolescente y